LA REVOLUCION DEL 404 EN ATENAS EN EL CONTEXTO DE LA CRISIS DE DECADENCIA DE LA POLIS.

FLORENCIO HUBEÑAK
Universidad de Belgrano. Argentina

Tukhydides, un ciudadano del siglo V. a C. en Athenai (Atenas) -quizás el primero que empleó el concepto de *krisis*¹ en su acepción *hipocrática* de exacerbación o debilitamiento- al describir cuidadosamente la peste en Atenas (430 y 427) nos muestra cómo vivieron esta situación sus contemporáneos: "la guerra es una maestra implacable: al privarles del poder de satisfacer sus deseos cotidianos, desciende la mente de la mayoría de las gentes al nivel de sus circunstancias reales"... la guerra... fácilmente atrae la mala voluntad de muchos... Por estas causas fueron en aquel tiempo turbados los estados y gobiernos de las polis de la Hélade con sediciones y discordias civiles, pues sabido que en algún lugar se había hecho alguna demasía o insolencia por unos, otros se disonían a otra mucho peor, por hacer alguna cosa de nuevo, o por mostrarse más diligentes e ingeniosos que los primeros, o más osados y atrevidos para vengarse, todos estos males se excusaban nombrándolos con nuevos e impropios nombres, porque a la temeridad y osadía llamaban magnanimidad y esfuerzo, de manera que los temerarios y atrevidos eran tenidos por amigos y defensores de los amigos: a la tardanza y madurez llamaban temor honesto, y a la templanza y modestia cobardía y pusilanimidad encubierta; la ira e indignación arrebatada, nómbrañla osadía varonil, a la consulta, prudencia y consejo, pareza flojedad. El que se mostraba más furioso y arrebatado para emprender la cosa, era tenido por más fiel y amigo, y el que la contradecía, más sospechoso. El que llevaba a ejecución sus tramas y acechanzas era reputado por sabio y astuto, y mucho más aquel que prevenía las de sus enemigos o conseguía que ninguno se apartase de su bando, ni tuviese temor a los contrarios. Finalmente, el más dispuesto para hacer daño a otro era muy elogiado, y mucho más el que para hacerlo inducía a otro que no pensaba tal cosa" (Tuc. III-82/4).

Decenas de historiadores sostuvieron durante décadas la teoría simplista que la crisis o decadencia de la polis se originó en la guerra del Peloponeso. Hoy sabemos que aquella no fue más que el desencadenante -y en este sentido sí podemos emplear el aspecto hipocrático del concepto de *krisis* -de una situación general de desintegración que venía desde lejos y obedecía -como resulta evidente a los historiadores perspicaces y objetivos- a múltiples causas que conforman la compleja realidad de un momento histórico y que quebrantaron la visión que el heleno tenía del mundo, articulada sobre los fundamentos religioso-políticos que conformaron su polis; cosmovisión -

parcialmente destruida- como consecuencia de una serie de concretas circunstancias históricas, que trataremos de esbozar.

El fondo de la crisis era -aunque las manifestaciones coyunturales, políticas y económicas por más superficiales puedan parecernos esenciales- profundamente moral, pues el heleno había perdido el sentido de comunidad basado en el *genos* y la religión², fortalecido por la propia polis. Como señala Cohen "el patriotismo desaparecía. La ciudad había perdido sus bases materiales y sus bases morales"³. El proceso de ruptura del marco cerrado de la polis que acompañó al relajamiento de los lazos comunitarios que -con otras intenciones- ya había atacado Kleisthenes, fue irreversible. Los helenos perdieron la confianza en sus dioses, en la polis y en las instituciones que los habían amparado de sus ancestros. El culto cívico fue satirizado por la comedia y el escepticismo religioso difundido por Protágoras, por la prédica de Demókritos y por el ateísmo de Diagoras de Melos -proscrito en el año 2º de la XCI Olimpiada (411) por la ley de Diophites sobre el ateísmo⁴. El frustrado intento de Anaxágoras de racionalizar los dioses olímpicos reemplazándolos por el *Nous* (entendimiento) fue hábilmente cubierto por los sofistas, quienes ayudaron a romper ese estrecho marco ciudadano y esbozaron el esquema ideológico de la cosmópolis. Al destruirse la moral arcaica quedó libre la violencia de las pasiones y se estructuraron las distintas facciones políticas.

El aspecto económico

Sabemos que en el año 3º de la LXXVI Olimpiada(478), ante el temor de una nueva invasión persa, y probablemente a instancias de las poleis de la Ionia asiática, Atenas creó una *Symmakoi* -posteriormente conocida como Liga de Delos- y lentamente pasó a controlarla por una serie de medidas como el traslado del tesoro a Atenas, la instauración de gobiernos adictos, la instalación de cleruquias y aún el juzgamiento de los casos en tribunales atenienses. De esta manera Atenas obtuvo de su imperio (Arqué) una cantidad de ventajas que le permitían contar con recaudaciones anuales, seguridad en el tráfico comercial del trigo y una poderosa flota que controlaba el Egeo y parte del Mediterráneo; asegurando gracias a la política aislacionista adoptada por Sparta (Esparta), su predominio político-militar en la Hélade y también la conservación de la isonomía en la polis. Ya Periklés lo señalaba claramente cuando expresaba: "el respeto que nuestra polis inspira, se debe al imperio que ejerce, y el cual nos proporciona un justo orgullo" (Tuc. II-53). La estructuración y conservación de la Arqué -nacida de la política naval iniciada por Themistoklés y continuada por Periklés (Aristóteles. Const. de Atenas. XXVII-1)- resultaba fundamental para conservar el sistema de gobierno, cuyo basamento pasaba- cada vez más evidentemente- de los campesinos (*hoplitees*) a los remeros (*thetes*), proporcionando mayores beneficios a los pobres que a los ricos⁵.

En otro aspecto la conformación de la población de Atenas se fue modificando notoriamente a partir del año 4º de la LXXVI Olimpiada (477) -año en que ésta adquirió el control hegemónico de la Liga-, consolidando la tendencia nacida en las disposiciones de Kleisthenes que concedía la ciudadanía a todos los habitantes de Atenas⁶. Este hecho ayudaba a que la sociedad agraria tradicional se fuera convirtiendo lentamente en un emporio comercial, con las importantes consecuencias que ello provocaría en la conformación de la polis. Las reformas de Peisístratos, Kleisthenes y Themistoklés atrajeron múltiples aventureros que se radicaron en el Pireo -convertido en un emporio importante- y lograron -pese a no poseer la ciudadanía- el control

económico de Atenas⁷ para luego presionar por su integración a la polis.

En el año 3º de la LXXIX Olimpiada (462), aprovechando la ausencia de los hoplites, que guiados por el líder *conservador* Kimon habían partido en auxilio del gobierno espartano, los atenienses al mando de Efiates lograron limitar el poder del Areópago, verdadero bastión tradicionalista, provocando en el 458, la protesta de Aisjylos (Esquilo) en su tragedia *Las Euménides*. Paralelamente desde los años 3º y 4º de la LXXX Olimpiada (458/7) los *zeugitai* -propietarios de una yunta de bueyes- lograron su incorporación al arcontado y algo más tarde, previa *dokimasia*, ascender por sorteo a todos los cargos de conducción de la polis.

Resulta de interés señalar que en el siglo V Atenas tenía una población aproximada de cuatrocientos mil habitantes, de los cuales sólo ciento veinte mil integraban las familias de ciudadanos, número que eliminadas las mujeres y los niños, reducía el número real de *polités* a cerca de treinta mil. El resto estaba compuesto por esclavos -aún numéricamente escasos- y metekos, que entusiasmados con la nueva política comercial poblaron el Pireo y propagaron las nuevas ideas provenientes de la Ionia asiática y la Magna Grecia⁸.

Esta modificación de la estructura de la polis ateniense se relacionaba directamente con la crisis agraria originada a consecuencia de la política comercial y acelerada por las *razzias* espartanas de destrucción de los campos del Atica, aceptadas por Periklés, quien prefirió -por su estrategia- reunir la población en la urbe y dejar abandonados los campos al enemigo (Tuc. II-16). El *buen salvaje* Estrepsíades que retrata Aristophanes en *Las Nubes* es un típico representante del campesino establecido en la ciudad que -como narra el poeta- añoraba "volver a ver sus viñas y sus higueras". Esta reminiscencia fue vista y transmitida por Tkhydides cuando afirma que al dejar sus campos "iban a renunciar a su manera de vivir y cada uno parecía decir adiós a su patria" (Tuc. II-16).

Pero al desarticular Periklés la base agraria de la polis llevó a muchos campesinos disconformes radicados en la ciudad a inclinarse por los *isoí* (iguales=aristócratas) y apoyar los intentos oligárquicos del 411 y del 404; aunque, en ambos casos, en última instancia prefirieron la política de moderación que suele caracterizar al campesino.

La destrucción de los campos acentuó un proletariado -véase su retrato en el Plutos de Aristophanes- que vio su salvación en el mar. Estas medidas aceleraron la orientación naval de la polis que había comenzado Themistoklés y que describe Plutarjós: "les quitó la lanza y el escudo y los ató al banco y al remo" (Plut. Tem. IV); los antiguos *hoplites* desarraigados se convirtieron en remeros. Aristophanes -en su *Asamblea de Mujeres*- grafica con claridad la cuestión cuando expresa "es preciso sacar las naves al mar? El pobre piensa que sí, pero los ricos y los que tienen trabajo opinan que no". Años más tarde escribió Isókrates -en *De la paz*- que mientras los ciudadanos empuñan el remo los extranjeros -mercenarios- pasaron a integrar los ejércitos. Claro ejemplo de ello resulta el agradecimiento de Thrasybulos, quien otorgó la ciudadanía a todos los metekos que combatieron a su lado (Aristóteles. Const. de Atenas. XI-2).

Esta política expansiva y militar de Atenas -acentuada con la guerra- condujo paralelamente al triunfo de los *strategoí* sobre las magistraturas ordinarias (los arcontes) y el régimen político pasó casi inadvertidamente de la *isonomía* de Kleisthenes a una *tiranía* imperialista que Tukhydides pone en labios de Periklés: "Considerad vuestro imperio como una tiranía: podrá parecer una injusticia el haberlo conquistado, pero es ciertamente una locura dejarlo perder" (Tuc. II-63).

El imperialismo ateniense trajo un período de euforia, previo a los desastres de la

guerra, en que los habitantes pobres de la polis podían vivir de las rentas públicas provenientes de la Liga y también de los aportes de las liturgias que por prestigio y solidaridad prestaban los ricos en Atenas.

Periklés con gran habilidad intentó repartir los beneficios de la Arqué entre los *polités* por medio de una paga (*misthoi*) a los *heliastai* mientras creaba fuentes de trabajo en las obras públicas (por ej. la Acrópolis). Aristóteles refiere que "los tributos, impuestos y aliados mantenían más de veinte mil hombres" (Const. de Atenas. XXIV -3).

La crisis económica que se perfilaba se agravó por los gastos de la guerra aumentando, en la medida que se perdían los ingresos de la Liga, las cargas a los ricos. Estos no pudieron cubrir todos los gastos de mantenimiento de la polis, ya que es sabido que una minoría no puede alimentar por mucho tiempo a una mayoría. Este aspecto no fue claramente percibido por el *demos* y como bien aclara Claude Mosse, en el siglo V "el rico era en cierta medida el bienhechor del demos", mientras que en el siglo IV "se tiene la impresión de que el rico se ha convertido en un enemigo".

Pero la guerra también empeoró la situación de los pobres, cada vez más pobres, y dio origen a un nuevo *polités* que "vive en la polis sin pertenecer a ninguna de sus categorías, que no puede llamarse ni comerciante, ni artesano, ni caballero, ni hoplita, sino solamente pobre e indigente" (Platón. Rep.), pero que durante la euforia económica vivió a costa de la polis y ahora pretende seguir haciéndolo.

En esta situación solamente se enriquecieron los que saben medrar con la miseria y así aparecieron *nuevos ricos* (*hippeis*) -en muchos casos ex-metecos- que al perder, por la guerra, sus valores no vacilaron en hacerse caudillos del demos si ello favorecía sus intereses personales. Aristophanes, en sus comedias, diferencia claramente la riqueza noble de aquella que tiene un origen oscuro y esta distinción tampoco escapa al orador Lysias (XXIV-4) cuando sostiene que "bajo las dos oligarquías (411 y 404) no eran los terratenientes quienes tenían el poder en la ciudad, muchos de ellos por el contrario, habían sido ejecutados, y otros muchos habían sido expulsados".

La modificación de la estructura socio-económica produjo una diferenciación cada vez más acentuada y la aristocracia terrateriente -los *isoi*- que no murió en la peste o en la expedición a Sikelia (Sicilia) adquirió las características típicas de una oligarquía, en la que se entremezclaron muchos de los nuevos ricos que, por otra parte, también conformaron -con restos de terratenientes- los demagogos de la facción popular. El desgaste de hombres fue considerable por la guerra. (Cfr. Isókrates. Sobre la paz. LXXXVI-9) y concluyó con el *aburguesamiento* de una élite moral y económicamente corrompida.

Las ideas: los sofistas

La sofística nació como una reacción frente a la desilusión que provocó el fracaso jónico en la búsqueda de la *arjé* o principio de todas las cosas en el ámbito de la *physis* y encontró campo propicio entre los exilados jonios -con motivo de la presión persa- a la Magna Grecia. (cfr. Diógenes Laercio. Vidas de filósofos ilustres).

En el siglo V, favorecidos por el predominio de la palabra -el debate, la controversia- en la vida política de Atenas¹⁰, los sofistas prefirieron trasladarse allí y adquirieron fama durante el gobierno de Periklés, modificando la preocupación por la *arjé* por una mera *doxa* orientada hacia lo humano y transformada en una *tekné politiké*.

Los sofistas, al no poder fundamentar la *areté* sobre los principios tradicionales del *genos* socavados por la reforma isonómica de Kleisthenes, resolvieron sustentar-

la en la sabiduría y mostraron el largo camino de la utilización de la educación como mecanismo para la formación del *polités* y luego -con el cosmopolitismo- de la *oekumene*.

Coincidimos con Giuseppe Faggin¹¹ cuando expresa que los sofistas no fueron los causantes de la crisis de decadencia de la polis ni tampoco su efecto, sino un claro testimonio de la época al reflejar "las nuevas aspiraciones burguesas, la desorientación de los ánimos, el escepticismo burlón, y el arribismo de los hombres nuevos".

Por las características de su enseñanza colaboraron en destruir los fundamentos sobre los que había sido construido la polis y su desarraigo personal influyó en la pérdida de los lazos comunitarios del *polités*. Fueron relativistas, individualistas, escepticos, racionalistas y se dedicaron fundamentalmente a formar una élite intelectual que, al cobrar por sus servicios, se integró con jóvenes *snob* pertenecientes a familias económicamente pudientes.

La técnica política que enseñaron a estos jóvenes -futuros jefes de las heterías- consistió -en última instancia- en el sutil arte de la conquista y conservación del poder y, de este modo -quizás inconscientemente-, trabajaron por la ruina del régimen.

La esencia del planteo político-filosófico de los sofistas se centró en el binomio *physis-nomos* (naturaleza-ley) y las relaciones entre ambas, y el fondo del problema fue bien observado por Werner Jaeger cuando afirmó "o bien la ley del estado es la regla suprema de la vida humana y se encuentra de acuerdo con el orden divino del universo, y en tal caso el hombre y el ciudadano no son sino una sola cosa y se confunden el uno con el otro; o bien las normas de la vida del estado son contrarias a las establecidas por la naturaleza o por la divinidad, y en este caso, el hombre no puede reconocer las leyes del estado. Pero entonces su propia existencia se sale de la comunidad política para caer en un abismo sin fondo, a no ser que el orden eterno de la naturaleza ofrezca a su pensamiento un puerto nuevo y seguro en el que poder echar el ancla"¹².

Protágoras de Abdera (485-415) -uno de los primeros sofistas y quizás el más capaz- sostuvo que todos los hombres poseían la *areté politiké* (cfr. Platón. Prot. 321c-328d) y consecuentemente podían participar en la Ekklesia: núcleo de la concepción democrática de este pensador que defendía -según Platón (Teetetes) -la igualdad política de todos los ciudadanos, la ley como expresión de la voluntad del pueblo y la dirección de los negocios públicos a cargo de los funcionarios que han obtenido el reconocimiento de los hombres- y a su vez, cambió la atmósfera intelectual de Atenas. Pero a la vez sostuvo que esa *areté* que puede enseñarse estaba basada en la opinión (*doxa*) o en la fuerza (*thyrra*). Su acentuado escepticismo religioso (cfr. Diógenes Laercio. IV-51) le condujo a aferrarse a la ley para salvar a la polis, pero también le valió ser condenado por impío y desterrado de Atenas en base a la ley de Diophites contra el ateísmo.

Su labor fue continuada por Gorgias de Leontini, quien arribó a Atenas como embajador el año 2º de la LXXXVIII Olimpiada (9427) e influyó con sus enseñanzas en personalidades tan significativas como Periklés, Tuhydides, Kritias, Alkibiades o Isókrates entre otros. Llevó hasta sus últimas consecuencias el relativismo esbozado por Protágoras, convirtiéndolo en un verdadero nihilismo¹³.

Así sutilmente se abrió una brecha insalvable entre la naturaleza y la ley que tuvo por iniciador a Arjélaos (maestro de Sókrates?) y que, tras la primera corriente sofística democrática(?) que pretendía salvar al *nomos* aún por medio de la *teoría del contrato* extendiendo la igualdad a todos los hombres -como por ejemplo lo propugnaban Antiphón y Lykophrón- se inclinó por la naturaleza y defendió la ley del más fuerte, base y justificación de las revoluciones oligárquicas posteriores. Esta teoría del *superhombre* fue detalladamente expuesta y defendida vehementemente

por Thrasymajos, Hippiás, Kritias y Kalliklés (?).

A partir del presupuesto que la *physis* es justa y las *nomoi* pueden ser arbitrarias y/o artificiales, sólo faltaba un paso para convertir a la justicia en un simple convencionalismo basado en el interés del gobernante de turno, como lo insinuara Protágoras (Teetetes, 167). Y Thrasymajos no vaciló en definir a la justicia como "la conveniencia del más fuerte" (Platón. Rep. I-338c).

Kalliklés -quizás Glaukón-hermano de Platón- o Kritias -su tío-¹⁴ al defender esta teoría sostuvo que las leyes las hacen los débiles para someter a los fuertes y como ya dijera Gorgias "cuando aparece un hombre de naturaleza realmente poderosa, sacude todo esto, rompe las cadenas y se libera, poniendo bajo sus pies todo nuestro farrago de literatura, nuestros sortilegios, nuestras artes mágicas y nuestras leyes contra la naturaleza" (Gorgias. 483e-484a). Las teorías justificadora del *golpe de estado* estaba completa. A partir de estas tesis la igualdad democrática se consideró negativa y fue la base de fuertes críticas como la del Pseudo-Xenophón que analizaremos más adelante.

La doctrina del derecho del más fuerte fue aceptada por todas las facciones y sirvió como justificativo para las más diversas acciones. Un ejemplo de ello fue la respuesta imperialista ateniense a los melios, tras la rebelión de éstos: "nuestros propósitos y nuestras acciones son perfectamente consecuentes con las creencias que los hombres tienen sobre los dioses y con los principios que gobiernan su propia conducta. Nuestra opinión de los dioses y nuestro conocimiento de los hombres nos llevan a concluir que es una ley general y necesaria de la naturaleza el dominar siempre que se pueda" (Tuc. V- 105, 1/2).

Si el *nomos* solamente es justo en la medida que se deriva de la naturaleza subjetivamos el concepto de ley haciéndolo depender de encontrar dicha naturaleza y a partir de ese momento la ley del estado comienza a ser utilizada aún contra el propio estado, convirtiendo la polis en campo de lucha de las diversas facciones, que justifican en dichas tesis su propia apetencia de poder; ya que un estado basado en leyes convencionales es siempre posible de cambio, pues éstas son revisables con la sola alteración de la conducción de la Ekklesia que las formula.

Frente a la concepción tradicional de la existencia de un orden necesario e inmutable en el *Kosmos* se pasó -quizás por el contacto con otros pueblos- a la aceptación relativista del *nomos*, el cual quedó reducido en la polis a una simple convención, permitiendo a los sofistas desconocerlo en nombre de la naturaleza y reemplazarlo por la pragmática ley del más fuerte.

Así afirma Chatelet: "la sofística, que en sus orígenes es una manifestación del sentido común democrático frente a las normas antiguas del pensamiento, llega a ser en los albores del siglo IV, una doctrina que justifica todas las tentativas de subversión oligárquica¹⁵. Contra este peligro de la sofística advirtió Aristophanes en *Las Nubes*, donde planteó el triunfo del *Juicio Injusto* y criticó las doctrinas *nebulosas* de los sofistas que subvertían la paz necesaria en Atenas, tema permanente del poeta que se aprecia en *Los acarnienses*, *Lisistrata* y *La Paz*.

Muchos de los discípulos de los sofistas lo fueron también de Sócrates, quien a diferencia de éstos enseñaba conceptos con rigor analítico y alejado de toda finalidad práctica inmediata relacionada con el poder. Xenophón nos informa sobre la actitud de Kritias y Alkibiades con respecto a su maestro: "la ambición fue el verdadero motivo de su vida, ningún ateniense fue nunca como ellos; condicionaron el control y dirección de todas las cosas y deshacerse de cualquier rival de renombre... en conducta traicionó sus propósitos, pues apenas se creyeron ellos mismos superiores a sus discípulos, se apartaron de Sócrates y se volvieron a la política: ellos habían deseado el trato con Sócrates con fines políticos" (Mem. I-2).

El aspecto político

El término *demokratia* nació en tiempos de Periclés en el ambiente sofista en reemplazo de la antigua *isonomía* (igualdad ante la ley) e *isegoria* (derecho a hablar en la Ekklesia) que se empleara bajo Kleisthenes para referirse al gobierno de la polis (politeia) (Cfr. Menexeno. 39 a). Herodoto es el primero que la menciona y la caracteriza por : a) todos los polítés son iguales ante la ley; b) los magistrados son elegidos por sorteo; c) la responsabilidad de los magistrados y d) el pueblo discute y decide en todas las cuestiones (Herod. III-80/2).

La tan mentada democracia soloniana era -de hecho- una timocracia y como nos advierte Robert Cohen "esta democracia no guardaba ninguna analogía con el régimen que ahorramos hoy con ese nombre, y no era, en suma, otra cosa que el gobierno de una minoría"¹⁶.

En el siglo V no encontramos una teoría democrática y ni siquiera una "idea democrática bien articulada"¹⁷. Solamente poseemos esbozos y generalidades, por ejemplo como señalamos en Protágoras¹⁸.

La guerra, como vimos, agravó el proceso de descomposición de la polis, rompió la armonía de los grupos sociales y políticos convirtiéndolos en facciones, cuyo enfrentamiento se acentuó por la muerte de Periclés y la falta de un líder para reemplazarle (cfr. Aristóteles. Const. de Atenas XXVIII-1), pues el poder pasó de las manos de las antiguas familias aristocráticas -diezmadas por la peste- a los *hippeis* que satiriza Aristophanes: un curtidor, un fabricante de liras,... hasta llegar al *salchichero* de *Los Caballeros*.

Estos nuevos dirigentes -verdaderos demagogos- se preocuparon solamente por favorecer a los pobres -la nueva acepción del concepto *demos*¹⁹- y la democracia moderada (*isonomía*), al pretender una igualdad absoluta, acentuó la *hybris* del *demos*, trastocó los valores comunitarios e indujo a los *isoi* a agruparse en facciones para defender sus intereses personales, mientras los *thetes* recibían paga por participar en los asuntos de la polis. La aprobación de los nuevos *misthoi* favoreció a los parados con motivo de las derrotas y crisis de la guerra provocando exigencias cada vez mayores en la Ekklesia.

El demagogo²⁰ se convirtió en el nuevo líder de la ciudad, acentuando la actividad nefasta de los *sicofantas*²¹ que favorecieron las facciones, sus luchas y divisiones, convirtiendo este objetivo en un medio de vida.

Utilizando la concepción aristotélica el *demos* tiranizó y convirtió la *isonomía* en *demokratia* y ya no fueron los ciudadanos para la polis, sino la polis para los ciudadanos. Como ejemplificó Esquines "se sale de la Ekklesia, no como de asambleas deliberativas, sino como de reuniones de accionistas, después de la distribución de los excedentes"²².

Victor Ehrenberg²³ estudiando las obras de Aristophanes observó que en el siglo V no existían grandes fisuras entre las *clases* sociales en la primera parte de la guerra del Peloponeso - y aún se conservaba la base censataria establecida por Solón²⁴ y añade que la *hybris* se impuso tras la peste y la muerte de Periclés, con el arribo al poder de los discípulos de los sofistas, como Alkibiades. Esta teoría fue confirmada por otros autores que también señalan que la desigualdad de los *isoi* de Kleisthenes recién comienza a apreciarse después de la guerra del Peloponeso²⁵ en los cada vez más pauperizados *thetes*, héroes de la batalla naval de Salamina (Salamina).

Por otra parte el intento de atenuar -o hacer desaparecer- las diferencias de nacimiento u orden social crearon un vacío que favoreció la distinción económica.

En el siglo V no faltaron pensadores que defendieron una igualdad económica, ab-

solita, basándose -como vimos- en la igualdad de la naturaleza. Tal por ejemplo la prédica de Faleas de Kalkedón (Arist. Política-II) o Aristophanes (Las Junteras) que predicaba en boca de sus actores un *comunismo perfecto* de igualdad económica que siguiera a la igualdad política; ya esbozada como natural por Eurípides, en *Las Fenicias* (535 ss).

Finley sostiene acertadamente que no existían partidos políticos en la Hélade del siglo V, ni tampoco en el IV donde todavía podemos encontrar la distinción entre *pediadioi* (habitantes de la llanura), *paralioi* (de la costa) y *diacrioi* (de la montaña), pero sí intereses divergentes entre los pobladores del área rural y los *polités* de la ciudad; como también -desde la segunda mitad del siglo- entre ricos y pobres.²⁶

Es totalmente evidente que la ruptura ideológica que se aprecia entre la generación de Periklés y la que le sigue²⁷ no obedece a una diferente cosmovisión, sino únicamente a distintos intereses y al grado de igualación.

La pérdida de los lazos naturales que significa la polis -rota y en camino al cosmopolitismo- creó la necesidad psicológica de elaborar lazos artificiales y ello revitalizó los *clubs* o *hetaireia* (heterías), verdaderas sociedades secretas cerradas, que emplearon el sistema organizativo de las *thiasas* destinadas a celebrar los misterios de los cultos agrarios y que habían prendido considerablemente entre los cada vez más numerosos metekos.

En este contexto se produjo la *stasis* (enfrentamiento) de las facciones²⁸ que intentaban establecer las *formas corruptas* de gobierno que distingue Aristóteles, en la medida que en defensa de sus intereses particulares atentaban contra el bien de toda la polis; conformando un conglomerado impreciso -ni clase ni partido- que en la conquista del poder, ante una acción concreta, realizaba compromisos circunstanciales con los grupos de poder y de presión heterogéneos no vacilando en aliarse con intereses aún contrapuestos. La radicalización de sus posiciones condujo indefectiblemente a la lucha y sus *ideas-fuerza* circunstanciales los llevaron a consolidar por la fuerza el poder obtenido, disgregándose luego en el ejercicio concreto del mismo por la falta de proyectos claros.

Estas facciones no tuvieron objetivos ni programas claros sino que se basaron en alianzas circunstanciales y su acción se vio acelerada por el triunfo de la sofística que les otorgó los medios necesarios para justificar su actuar. Por ello afirma Rodríguez Adrados que "las ideologías en lucha se encuentran dentro de cada partido y, muchas veces, de cada individuo"²⁹.

En el campo *democrático* la radicalización tendió - como vimos- a lograr una igualdad económica y fue llevada adelante tras la destitución de Alkibiades, por un grupo de demagogos como Eukrates, el mercader de estopas; Lipiklés, el comerciante de granos; Kleón, el curtidor; Hiperbolos, el fabricante de lámparas; Kleofón, el tañedor de liras. Posteriormente el poder pasó a los sofistas u oradores (los *rethores*) que se convirtieron en jefes del *demos*, reemplazando de algún modo el liderazgo que durante la guerra ostentaron los *strategoí*; en ambos casos sin título legal pero con gran autoridad moral basada en el *status* o en su capacidad personal para el manejo de la Ekklesia. Los *rethores* fueron los verdaderos jefes de las facciones, contando con algunos adeptos o seguidores- "los que estaban con fulano"- que integraban su grupo político. Sobre sus características escribió Aristóphanes en el *Plutos*: "fíjate en lo que pasa con los oradores. Mientras son pobres son justos con la polis y el *demos*; pero en cuanto se enriquecen a costa del estado se hacen injustos, venden a la multitud y atacan al gobierno democrático".

En la vida política de Atenas se apreciaba una notoria degeneración de los antiguos ideales isonómicos y al propio Eurípides retrató al *rhetor* como ambicioso de poder o adúlador en personajes como Odysseus, Agamemnon o Menélaos.

De este modo la *demokratia* avanzaba resueltamente hacia su propia destrucción como bien sugiere Gonzague de Reynold: "en tiempos de crisis, la democracia ateniense solo fue capaz de destruirse a sí misma"³⁰, destrucción enmarcada en nuevas prebendas -el *theórico*, la *dio belia-*, el avance de la mistoforia que originariamente -desde Periklés (?) - se pagaba a los *heliastai* y que fue ampliada a todos los asistentes a la Ekklesia: Agirrio lo fijó en un óbolo, Herakleides lo elevó a dos y el mismo Agirrio lo llevó a tres; para lograr de los ciudadanos participación política hubo que pagarles para que asistiesen. Refiere Aristóteles que a medida que cundió el escepticismo político, y el desinterés "los pritanos recurrían a toda clase de medidas para obtener el número necesario para la validez de los decretos" (Arist. Cons. de Atenas. XLI-3).

Un ejemplo más, si fuere necesario, de la decadencia del sistema fue el fin del ostracismo cuando en el 417 se aliaron los jefes de ambas facciones -Nikias y Alkibiades- y lograron hacer condenar al demagogo Heiperbolos, desvirtuando el sentido de la institución creada por Kleistenes para salvaguardar la seguridad de la polis.

Aristophanes realizó una de las críticas probablemente más severas a la desvirtuación del régimen en *Los Caballeros*, cuando identificó al *demos* con los vendedores de lámparas, guarnicioneros y curtidores o cuando afirmó que "el gobierno popular no pertenece a los hombres instruidos y de intachable conducta, sino a los ignorantes y licenciosos". Pero la crítica más cuidadosa a esta *demokratia* se debe a Platón en el libro VII de la República.

Con gran perspicacia advirtió Aristóteles -en su excelente análisis de las causas de las revoluciones en el libro V de su Política- que la reacción se produce por el crecimiento exagerado de una de las partes afectando el equilibrio general (cfr. Platón. Rep. VII) que en el caso de la *politeia* (la *demokratia* de Herodotos) consistió en la exageración de la igualdad (V-2), acentuada por la insolencia de los demagogos (V-4). Así escribió "la democracia nace de hombres que piensan que si son iguales en cualquier aspecto, lo son absolutamente; suponen, en efecto, que si todos son semejantemente libres ya todos son absolutamente libres e iguales; la oligarquía -en cambio- supone que si son desiguales respecto de alguna cosa, son totalmente desiguales; por ser desiguales en la propiedad, suponen que son absolutamente desiguales; y entonces los demócratas exigen, por ser iguales, participar en todas las cosas en partes iguales, mientras que los oligárquicos, por ser desiguales, pretenden una parte mayor, porque una parte mayor significa desigualdad" (V-1).

Así mientras la *demokratia* se radicalizaba y adquiría los matices que hemos señalado, los *isoi*, a su vez, se organizaban en *heterías* y estructuraban proyectos de reacción. "Los demócratas eran los verdaderos conservadores, en tanto que los oligarcas eran revolucionarios"³¹.

En vida de Periklés, los amantes de las nuevas ideas se reunían en simposios alrededor de Eurípides, quien aglutinaba a todos los disconformes³² que luego siguieron a los sofistas. Pero el jefe de los *isoi* fue Tukhidides, hijo de Melesias y cuñado de Kimon, encargado de instruir los juicios de Anaxágoras, Fidias y Aspasia con la intención de destabilizar a Periklés. Los *isoi* se autollamaban *kaloi-kagatoi* (bellos y buenos, o sea *hombres de bien*), aunque los *demócratas* los denominaban *oligarcas*. Organizados en las *hetaireias* reclamaban por la *patrios politeia* (*constitución de los antepasados*, que cada facción interpretaba a su antojo, y la *eunomía* de Solón pasó a ser la *patrios politeia* de los oligarcas. Cuando se incorporaban a sus sociedades juraban "seré siempre enemigo del *demos* y aconsejaré lo que sepa que le es perjudicial" (Arist. Polit. VIII-7).

Posteriormente se agruparon en torno a Nikias, pero la moderación y falta de ha-

bilidad de éste condujo -especialmente a los más jóvenes- a incorporarse a las *heitaireias* de base hoplita que existían desde las postrimerías de las guerras pérsicas, ante la represión desatada por Kleón. Originalmente fueron varias sectas de intereses divergentes con la misión de defenderse frente al avance de los sicofantas en los tribunales y asambleas (Tuc. VIII-54,4); pero paulatinamente - a medida que arreciaba la crisis- fueron elaborando vastos proyectos políticos y radicalizando su actitud.

Las jóvenes que integraban estas sociedades pertenecían generalmente a familias de linaje y se destacan por su *hybris* reflejada en el orgullo, exaltación, libertinaje y falta de escrúpulos evidenciada en el caso de los hermes. Un grupo de ellos -los más decididos- fueron seguidores de Antiphón- autollamado Néstor -hijo del sofista de Sophilo- y dirigieron el asesinato de Androkles (Tuc. VIII-65, 2) que inició la revolución del 404. Entre ellos estaban Pysandro, Hagnón -padre de Theramenes, Kariklés, Andókides, Frynikho, Nelesias, Arkeptolemos.

Precisamente alrededor de Antiphón se articuló el pensamiento revolucionario *oligárquico*, que tuvo su expresión inicial en el año 2º de la LXXXVII olimpiada (431) con la publicación de un folleto *Athenai Politeia* (República de los Atenienses), anteriormente atribuida a Xenophón y hoy bautizada como del *Viejo Oligarca* (quizás el mismo Antiphón?).

Este proyecto caracteriza al régimen democrático ateniense como basado esencialmente en el poder naval del *demos* ("es el pueblo el que impulsa las naves y quien da fuerza a la ciudad" I-2), destacando el interés pecuniario del *demos* ("cuantas magistraturas proporcionan remuneración y provecho para el propio peculio, esas son las que procura ejercer el pueblo" I-3); también destaca el verdadero sustento de la *demokratia* ("cuando los pobres y las gentes comunes e inferiores están bien y crecen en número, entonces dan auge a la democracia" I-4). Luego el autor defiende el sistema aristocrático porque "en él dictan leyes las personas más capaces; en segundo lugar, que los mejores castigan a los peores, y los mejores también son quienes deliberan acerca de la ciudad y no permitan que las gentes ligeras de juicio deliberen en consejo ni hablen en público, ni asistan a la asamblea" (I-9) o más adelante -por si hiciera falta aclararlo- "en ninguna ciudad es afecta a la democracia la parte mejor, sino que en todas las ciudades es afecta a la democracia la parte peor, pues cada uno es amigo de sus iguales" (III-10). Finalmente defiende la necesidad -en la democracia- de la esclavitud ("cuando el poder de un país reside en la flota, entonces es forzoso que los esclavos realicen su prestación mediante dinero, de suerte que uno reciba la aportación de lo que el siervo trabaja, e incluso que les haga libres" I-11), de los metekos ("porque la ciudad necesita metekos para atender tanto a las muchas industrias como a la flota" I-12) y de los ricos ("se dan cuenta de que quienes desempeñan la coragia son los ricos, y quien se beneficia con ella, el pueblo; de que quienes ejercen la gimnasiarquía y trierarquía son los ricos, y el pueblo lo que hace es recibir su importe. De manera que el pueblo no pide más que recibir dinero para cantar, correr, danzar o bogar en las naves, de manera que, lucrándose él, los ricos se empobrezcan" I-13).

Finalmente -en una verdadera convocatoria al golpe de estado- destaca la imposibilidad de cambios sin alterar el sistema: "siendo esto así, afirmo que no es posible que estén las cosas en Atenas de otra manera que como ahora están, aparte de que se pueda, en pequeña escala, quitar tal cosa de aquí y añadir tal otra allá, pero muchos cambios no es posible hacerlos sin desvirtuar algo la democracia. Porque lo que si se puede es idear muchas innovaciones para que el régimen sea mejor; pero el encontrar algo satisfactorio para que, existiendo la democracia, se gobiernen mejor, eso no es fácil, excepto si, como hace un momento decía, se añaden o quitan pequeños detalles" (III-8/9).

Los hechos: síntesis

Desde el punto de vista político-militar la crisis del sistema se agravó tras los catastróficos resultados de la expedición a Syrakusa (año 4º de la XCI Olimpiada-413) que, al margen de las pérdidas de hombres permitió el resurgimiento del poder persa que, aprovechando las disensiones helénicas, volvió a dominar el Egeo, después de haber sido expulsados por la paz de Kallias (año 4º -Olimp. LXXXII-449). La situación de Atenas se complicó más aún cuando los espartanos lograron ese mismo año ocupar Decelia, a solo cinco leguas de la polis, cortando el aprovisionamiento por tierra y produciendo la huida de más de veinte mil esclavos que trabajaban en las minas de Laurión. Ello provocó además una sobrepoblación de la polis y sublevaciones masivas en la Ionia asiática.

Asimismo los atenienses, ante la gravedad de la situación, tras amnistiar a los desterrados por la mutilación de los hermes del año 2º de la Olimpiada XCI (415)³⁹ equiparon una nueva flota de emergencia (Tuc. VIII-1) empleando las reservas del templo que había guardado Periklés y también modificó la *politeia* (constitución) de la polis al designar a diez pro-boulos con poderes de emergencia para estudiar previamente los asuntos a tratar por la Boulé. Este fue el primer paso de las *heteriai* para controlar el poder en Atenas.

Entretanto Alkibiades -típico representante de la *hybris* helénica -expulsado de Esparta por haber seducido a la mujer de uno de sus reyes, se trasladó a Ionia, donde entró en tratativas con los oligarcas de la flota instigándoles a producir un cambio de gobierno en Atenas, que, en última instancia le favoreciera a él, alegando que su amistad con el sátrapa persa Tisafernes de Sardes les permitiría obtener apoyo y eliminar el peligro espartano.

En Atenas los antiguos *isoí* defendían la política de *strateia* orientada a proseguir la guerra contra los persas, previa paz con Esparta -ideas que fructificarán medio siglo más tarde con Philippos II de Makedonia y tendrán un vocero significativo en Isókrates -mientras los *demókratas* acusaban a estos, herederos de Kimon, de *medismo*. Pero tras la derrota siciliana los *isoí* se volcaron por las *heteriai* atenienses (Tuc. VIII-54) lideradas por el sofista Antiphón de Ramnute- y al margen del apoyo de Alkibiades por medio del *camaleónico* Pysander- organizaron el asesinato del líder *democrático* Androkles y con trescientos *hoplitees* desencadenaron el terror en las calles de Atenas (Tuc. VIII-70). En el mes de *sciophorion* (junio) del año 2º de la XCII Olimpiada (411) convocaron la Ekklesia fuera del recinto sagrado de la polis y derogaron la *politeia* vigente, nombrando un Consejo de Cuatrocientos y limitando el número de *polités* a Cinco Mil.

Casi de inmediato los conjurados se dividieron en dos bandos: Pysander insistía en convocar a su amigo Alkibiades como "salvador de la patria" para negociar con los persas, mientras Antiphón y otro sofista Kritías -tío de Platón y más extremista-; tras vencerle, prefirieron aliarse con los lacedemonios - que les eran más afines- mientras el rey espartano Agis fracasaba en su intento de sorprender las defensas de la polis aprovechando las disensiones internas.

Bajo la presión de los diez mil *polités* integrantes de la flota anclada en la democrática Samos, donde sus navarcas Trasybulos y Trasylos habían convocado a Alkibiades, el grupo de los moderados -con apoyo de Lysander- lograron imponer por un tiempo a Theramenes, el *coturno* y el gobierno de los Cinco Mil, aunque la revolución se perdió, tras cuatro meses de anarquía, por sus luchas internas y la falta de un programa coherente.

La victoria naval en Cízico (año 3º, Olimp. XCII- 410) favoreció la restauración democrática y otorgó nueva confianza a los atenienses (Diodoro XIII-53), quienes an-

te las ofertas de paz de Esparta -después de haber restaurado la pliteia democrática, los *misthoi* y otorgada la *diobelía* a los pobres- se negaron presionados por el de-magogo Kleofón que a voz en cuello amenazaba empuñar una daga para cortarle el cuello a cualquiera que propusiese la paz" (Esquines. II-76).

La Ekklesia designó una comisión legislativa de treinta *nomothetes* con la misión de restaurar la *patrios politeia* y en cuatro meses revisar la legislación vigente que se hallaba en un estado anárquico (Arist. Cons. de Atenas. XXXIV-3). Esta comisión, presidida por Nikómajos, prefirió "comerciar con las leyes" (Lysias. In Nikom. 23) y en ocasión de la revolución del 404 aún no había concluido su labor.

Los nuevos gobernantes iniciaron juicios a los culpables del golpe de los Cuatrocientos; algunos como Pysander o Aristarjós prefirieron huir de Atenas, pero Anti-fón "defendió su causa y respondió mejor que nunca lo hizo hombre alguno"(Tuc. X) en una alocución que se hizo célebre -*Sobre la reforma de la constitución* - convertida en su testamento político. No conformes con nuevos juicios que llegaron a exhumar el cadáver de Frynijós y arrojar sus huesos fuera de las fronteras del Atica, Demofantes propuso - y fue aprobada- una ley de alta traición para todo el que aceptase cargos en un gobierno ilegal, obligando a jurar a los ciudadanos de este modo: "Yo mataré, de palabra y de hecho, por votación y por mis propias manos, ni bien pueda ejecutarlo, a todo aquel que derroque la democracia en Atenas, a todo aquel que desempeñe cualquier función después de haber sido derrocada la democracia, y a todo aquel que intentare ser tirano o que ayude a un tirano" (Andokides. De Mysterium. 96)³⁴.

Entretanto, en el seno del imperio persa, Darío II reemplazó al sátrapa Tisafernes -el amigo de Alkibiades- por su hijo segundo Cyro -designado *Káranos* (comandante supremo) y éste -deseoso de fortalecer su posición para una eventual lucha por el trono persa- negoció en el año 1º de la olimpiada XCIII (408 a C.) con el espartano Lysander -artífice de una marina espartana- el apoyo económico para la organización de la flota, echando por tierra los proyectos pactistas de Alkibiades; quien, regresaba a Atenas el año 2º de la citada olimpiada (407), tras los preparativos de su aliado Trasylos; allí fue justificado por la Ekklesia por el asunto de los hermes y designado comandante -con plenos poderes- de las tropas y naves (Diodoro XIII-69, Jenof. Hell. I-4). Tras reabrir el camino a Eleusis intentó, sin éxito, reconciliar a las facciones rivales y prefirió salir tres meses más tarde el mando de una flota rumbo a Ionia a buscar refuerzos. Mientras intentaba cobrar los prometidos dineros persas, su lugarteniente Antiokos -desobedeciendo precisas instrucciones- atacó a los espartanos y fue derrotado en Netión (3º, olimp. XCIII -elaphebolion (marzo) del 406). Llegada la noticia a Atenas -por presión de Trasybulos- los *strategoí* fueron depuestos y Alkibiades prefirió retirarse al Quersonesos, reemplazándole Konón.

En el año 4º de la Olimpiada XCIV (405) una nueva flota ateniense compuesta con esclavos y metekos *politizados*³⁵ (Diodoro XIII-9), aprovechando la defección de los sicilianos que partieron a combatir a Khartago, obtuvieron una prometedor victoria en la batalla de las islas Arginusas (cerca de Lesbos), pero un fuerte temporal impidió que se retirasen los cadáveres del mar. Agitados por Trasybulos y Theramenes -presuntos responsables de la negligencia cometida- los seis *strategoí* -incluyeron al hijo de Periklés con Aspasia- que regresaron fueron condenados a muerte con el voto en contra del filósofo Sókrates. Narra Xenofón que "cada general se defendió en pocas palabras, puesto que no se les concedió el tiempo que les daban las leyes, y relataron cuánto había pasado; mientras que ellos mismos se hacían a la vela contra el enemigo, han confiado el cuidado de retirar a los naufragos a comandantes capaces y que ya habían sido estrategas, Theramenes, Trasybulos y otros de igual categoría. Si es, pues preciso acusar a alguno de esto, únicamente debe inculparse a los que de esta comisión fueron encargados; y, sin embargo, -añadieron- la acusación no nos conducirá

a mentir y a pretender sean ellos culpables, puesto que la violencia de la tempestad, es la única que ha impedido recoger a los muertos" ... Ante el riesgo de perder el juicio, los demagogos recurrieron a un ardid que también describe Xenophón: "sobrevinieron las fiestas Apaturias, durante las cuales se reúnen los parientes y aliados entre sí. Theramenes y sus partidarios prepararon una multitud de individuos vestidos de negro y con la cabeza afeitada a fin de que comparezcan ante la Ekklesia como parientes de los muertos en aquel combate y persuadieron a Kalixenes para que acusara a los *strategoí* ante la *Boulé*.

Acremente juzga Wilcken: "tremenda sentencia en la que el pueblo, consciente de la ilegalidad, reivindicó expresamente para sí el derecho a "hacer lo que quería" (Jenof. Hell. I-7/12). Era el desenfreno de la democracia radical"³⁶.

El regreso de Lysander como *epistoleus* de la flota espartana -a pedido de los jonios- agravó la situación para los atenienses, los que fueron derrotados definitivamente en *metagitnion* (agosto) del año 4º de la olimpiada XCIII (405) en Aigós-Pótamos, tras desoír los atenienses el sensato consejo de Alkibiades (Nepote. Vidas ilustres. Alc. VIII). Tres mil atenienses fueron ejecutados y Lysander sitió el Pireo con ciento cincuenta galeras, mientras el rey Pausanias acampaba sus tropas en los jardines de Akkademós.

En el interior de la polis la situación adquirió matices trágicos: primero fueron convocados todos los *polités* para defender la ciudad, pero lentamente sitiados por el hambre y ante el regreso de Theramenes se dispuso condenar a muerte a Kleofón (Lisandro. XIII-12 y XXX-10) y negociar con los espartanos. Tras varias estrategias destinadas a ablandar la resistencia ateniense Theramenes obtuvo su nombramiento como embajador, mientras las *hetairías* designaban cinco éphoros -Kritias que había regresado de dirigir una sublevación en Thesalia entre ellos- para organizar la defensa de la polis (Lys. Orat. XII-43).

Finalmente, el doce del *munychyon* (abril) del año 1º de la olimpiada XCIV (404) la Ekklesia, sometida por el hambre, agravada por el regreso de decenas de clerukos expulsados por los espartanos, dispuso rendir la ciudad de Atenas. Los vencedores -según narra Plutarjós- decretaron que: "derribado el Pireo y el murallón y saliendo de todas las demás poleis, conservéis vuestro territorio, y bajo las siguientes condiciones tendréis paz; daréis lo que fuere menester, entregaréis a los pasados, y acerca del número de naves, haréis lo que allí se determine" (Plut. Lys. XIV).

Presionado por los oligarcas, que favorecían su juego, Lysander, alegando una demora en cumplir sus indicaciones para la paz (Cfr. Plut. Lys. V; Diodoro XIV-3) regresó al Pireo; "mandó a las tropas que se coronasen como para una fiesta. Las naves fueron quemadas y los muros de las fortificaciones derruidos, en medio de los cánticos y al sonido de las flautas...". Entonces fue cuando Drakónidas, un miserable que había sufrido varias condenas, propuso confiar el gobierno del estado a una junta dTreinta ciudadanos³⁷ conocidos como los Treinta Tiranos.

Así lo describe Aristóteles (Cons. de Atenas. XXXV): "Lysander, implantó la constitución de los Treinta de la siguiente manera: se brinda la paz a los atenienses, en la medida en que se gobernasen por la constitución tradicional; los demócratas intentaron salvar al pueblo, pero los nobles que integraban las heterías y los desterrados que tornaron al hacerse la paz querían la oligarquía, aunque aquellos nobles que no formaban parte de ninguna hetería y que pretendían no ser dejados atrás por ninguno de los ciudadanos procuraban la constitución tradicional. A éstos pertenecían Arjinos, Anytos, Klitofón, Formisyo y otros muchos, entre los que sobresalía principalmente Theramenes. Pero, inclinado Lysander hacia los oligárquicos, y aterrorizado el pueblo, se vio obligado a votar la oligarquía. Redactó el decreto de voto Drakóntides de Afidna. De esta manera se impusieron los Treinta bajo el arcontado

de Phytodoro... Al comienzo, pues, fueron comedidos con los ciudadanos y simularon atenerse a la constitución tradicional, derogaron las leyes de Efiartes y Arkestratos sobre el Areópago, así como las leyes de Solón que eran ambiguas, y suprimieron la decisión suprema e inapelable que tenían los dikastas, como si quisieran rectificar la constitución y dejarla sin ambigüedades... Pero una vez que tuvieron más sujeta la polis, no respetaron a ningún *polités*, antes dieron muerte a todos los que sobresalían por sus riquezas, por su linaje o por sus méritos, tanto para quitarse el miedo como para apoderarse de las riquezas; y en el transcurso de un tiempo breve, dieron muerte a no menos de mil quinientos".

Los Treinta, en vez de dedicarse a redactar las nuevas leyes para lo que habían sido nombrados, prefirieron -aprovechando la suspensión de la legislación- instaurar un verdadero *régimen del terror*, apoyados por una guarnición de Lakedaiman (Lacedemonia) de setecientos hombres al mando del harmosta Kalibios.

Mientras interpretaban la *patrios politeia* a su gusto, se producían los primeros disturbios internos entre los oligarcas: Theramenes y sus seguidores pretendían ampliar el número de ciudadanos y un ejercicio moderado de la *isonomía*, mientras que Kritías y los radicalizados únicamente deseaban un mayor control del poder. Presionado por los moderados -que contaban con el apoyo de los *polités* -Kritías aceptó llevar a tres mil el número de ciudadanos- aunque esta lista fue indefinida y permanentemente modificable (Arist. Const. de Atenas. XXXVI)-, provocando la oposición de Theramenes que negaba fijar un límite que consideraba inconveniente, tanto por los eliminados -que fueron desarmados- como por la poca garantía que significaba esta cantidad (Jenof. Hell. XVI). Theramenes prefería "administrar el poder con los que pueden defenderlo con caballos y escudos" (Jenof. Hell. XLIX) y este proyecto político -ya intentado a la caída de los Cuatrocientos en el 411- fue repetido por los moderados.

Ante el cariz de los acontecimientos y preocupado por no poder controlar la situación, Kritías logró acusar a Theramenes ante la Boulé (Jenof. Hell. II-3) y condenarlo por procedimientos ilegales a la cicuta, alegando que la Ekklesia no "debía dejarse engañar por discursos sofísticos".

Necesitados de dinero y temerosos de no poder conservar su poder, los Treinta -eliminado el grupo de los moderados- prohibieron la entrada a la polis a los restantes *polités* y confiscaron sus tierras, mientras paralelamente condenaban a muerte a los metekos -más de tres mil- y también se apropiaban de sus riquezas, considerándolos culpables de los males que sufría la polis.

Su tendencia a aumentar la represión y las persecuciones les condujo a prohibir a los comediógrafos -básicamente Aristophanes- que se refirieran a personajes aún vivos -léase los Treinta- y aún enseñar a Sócrates, su maestro. (Jenof. Mem. I-2); fueron demolidos los arsenales, vendidos los materiales allí acumulados y finalmente, presionando sobre Esparta hasta obtener la orden, fue asesinado Alkibiades en Asia a los cuarenta años de edad (Plut. Alc. XXXVIII: Nepote. Alc. X), temerosos que éste intentara restablecer el orden en Atenas³⁸. Para fortalecer su poder, los Treinta designaron nuevos magistrados: los Once, a quienes encomendaron la misión de ejecutar las penas, convirtiéndolos en verdaderos *agentes del terror*.

Saturados de esta situación un importante grupo de emigrados, que se había refugiado en Thebas (Thebai), bajo la conducción de Trasybulos resolvieron iniciar la reacción contra los Treinta (Trasybulos había sublevado Samos en el 410 y encabezado la restauración de la democracia). Este, con setenta complotados, ocupó militarmente la fortaleza de Philé, sobre el monte Parnaso, a solo 20 Km. de Atenas, convirtiéndola en centro de los desterrados.

Los Treinta comenzaron a vislumbrar la importancia de la reacción y decidieron

negociar con Trasybulos, pero éste exigió previamente el restablecimiento de la *demokratia*. Por ello los Treinta prefirieron exilarse a Eleusis -a 15 Km. de Atenas- donde, tras matar a más de trescientos pobladores, se consideraron más seguros, mientras recurrían una vez más a la ayuda espartana.

Entretanto Trasybulos, que agrupaba cada vez más hombres a su alrededor, continuó su avance ocupando el puerto del Pireo y en *elaphebolion* (marzo) del año-2º de la olimp. XCIV (403) obtuvo una nueva victoria en Munykhia, donde murió Kritías en combate (Jenof. Hell. II-4). Terminada la lucha y mientras eran recogidos los muertos Kleónitos -el heraldo- convocó a la paz entre las facciones, comenzándose las negociaciones. Los que regresaron derrotados dispusieron convocar a los Tres Mil, depusieron a los Treinta -refugiados en Eleusis- y designaron a Diez magistrados (*dekarquia*) guiados por Rinón de Paiania, que pidieron el apoyo espartano, mientras hacían lo mismo los restos de los Treinta que habían emigrado a Eleusis. Entretanto, en el Pireo, Trasybulos obtuvo el apoyo económico de los metekos perseguidos por el régimen de los Treinta.

Cuando acudieron los espartanos, Atenas estaba dividida en tres facciones: los restos de los Treinta -seguidores de Kritías- refugiados en Eleusis; los Diez, que tras romper con los Treinta se habían fortalecido en la polis concentrando su potencial militar en el Odeón y los *demokratás* que se agrupaban junto a Trasybulos en Munykhia.

Ante esta situación -por razones de política interna de Esparta- el rey Pausanias logró eliminar de la escena a Lysander y prefirió mediar entre las partes, forzándolas a un acuerdo que se obtuvo en *boedromion* (setiembre) del año 2º de la Olimp. XCIV (403).

Trasybulos ingresó en Atenas el 12 de dicho mes y logró una ley de amnistía (*eirene*) (Jenof. Hell. II-4), convocó la Ekklesia, donde pronunció un significativo discurso en defensa de la *demokratia* y se dispuso que los atenienses serían gobernados de acuerdo a la *patrios politeia*, empleando las leyes, pesas y medidas de Solón y las regulaciones de Drakon que tuvieron fuerza de ley (Andokides. De mysterium. I-83).

Logrado el acuerdo entre Trasybulos y los Diez, fue elegido arconte Eukleides (403) y éste promulgó la amnistía para todos, excepto los Treinta. De todos modos los *eleusinadas* (Lys. Orat. XXV-9) no se reincorporaron a Atenas hasta el arcontado de Kénainetos, dos años más tarde.

Pese a la amnistía hubo muchos procesos políticos durante los años posteriores como lo testimonian los discursos de Lysias. "La oposición, si es que puede hablarse de ella en este instante, se encastilla en determinados medios *intelectuales*, en estas escuelas que iban a aparecer en Atenas, y en las que, so pretexto de definir lo que debería ser la mejor de las constituciones posibles, se permitía la crítica más o menos abierta al régimen y a los hombres que lo dirigían. La más célebre de tales escuelas sería la Academia platónica, semillero de políticos y de pensadores"³⁹.

Pero "a partir de este momento, la Ekklesia ejercerá un poder cada día más tiránico, pero haciendo prevalecer cada vez más los intereses privados sobre la utilidad común, tanto que nunca parecerá tan poderosa la ciudad como en la época en que los individuos al explotarla, estaban preparando su ruina"⁴⁰, o como señala Rodríguez Adrados "si la primera -la oligarquía- había prohibido a Sócrates enseñar, la segunda, le condena a muerte y le ejecuta..."⁴¹.

Ante el descontrol *democrático* ⁴² -decretos de ilegalidad y alta traición- los ricos se unieron a los restos de los *isoi* y defendieron -por sus intereses- la paz, mirando hacia Makedonia. Este programa de los moderados fue en definitiva el proyecto político de los *mesoi* (la clase media aristotélica) y se identificó con la prédica de Isó-

krates y su visión de la *patrios politia*, la necesidad de la *homonoia* y la restauración del Areópago como centro del poder. Así los *mesoi* olvidaron el *imperialismo* y prefirieron -tras las experiencias sufridas- inclinarse por la tranquilidad, aunque mantuvieron permanentemente presente la esperanza en un nuevo *imperialismo* contra los *barbaroi* persas, entendido como una venganza por la afrenta sufrida en las guerras pérsicas.

Mientras muchos atenienses -y helenos en general- comenzaron a admirar la sencillez y pureza de costumbres de los rústicos montañeses del norte -verdadera *edad de oro*-, a quienes había agrupado Arjélaos a partir del año 4º de la XCI olimpiada (413) en el reino de Makedonia y a donde se había dirigido, entre otros intelectuales disconformes el decepcionado trágico Eurípides e incluso el padre de Aristóteles; otros -en su mayoría intelectuales- decepcionados por el fracaso de las ideas de la sofística como antes de los jonios y desilusionados de la realidad política que cualquiera fuese el régimen imperante parecía conducir inexorablemente a la desintegración del estado (*polis*) y a la amenaza de la invasión extranjera prefirieron inclinarse por "resolver el problema de cual es el mejor gobierno, lo que ocurre -como señala Gonzague de Reynold⁴³- "siempre que un hombre se encuentra obligado a vivir bajo el gobierno peor. Y el gobierno peor es un régimen decadente, sea cual fuere su norma"; plantearon la eterna disyuntiva del intelectual interesado, y a la vez decepcionado, de la política práctica, posición que tan claramente expuso Platón en la célebre y poco citada carta VII, cuyos párrafos más significativos -por su permanente actualidad- no podemos dejar de citar como conclusión:

"Siendo yo joven pasé por la misma experiencia que otros muchos: pensé dedicarme a la política tan pronto como llegara a ser dueño de mis actos; y he aquí las vicisitudes de los asuntos públicos de mi patria a que hube de asistir; siendo objeto de general censura el régimen político a la sazón imperante, se produjo una revolución y... treinta se instauraron con plenos poderes al frente del gobierno en general. Se daba la circunstancia de que algunos de éstos eran allegados míos, en consecuencia requirieron al punto mi colaboración por entender que se trataba de actividades que me interesaban. La reacción mía no es de extrañar dada mi juventud; y pensé que ellos iban a gobernar la polis sacándola de un régimen de vida injusto y llevándola a un orden mejor, de suerte que les dediqué mi más apasionada atención, a ver lo que conseguían. Y ví que en poco tiempo hicieron parecer bueno como una edad de oro el anterior régimen. Entre otras tropelías que cometieron, estuvo la de enviar a mi amigo, el anciano Sócrates, de quien yo no tendría reparo en afirmar que fue el más justo de los hombres de su tiempo, a que en unión de otras personas prendiera a un ciudadano para conducirlo por la fuerza a ser ejecutado; orden dada con el fin de que Sócrates quedara, de grado o por fuerza, complicado en sus crímenes; por cierto que él no obedeció, y se arriesgó a sufrir toda clase de castigos antes que hacerse cómplice de sus iniquidades. Viendo, digo, todas estas cosas y otras semejantes de la mayor gravedad, lleno de indignación me inhibí de las torpezas de aquel período. No mucho tiempo después cayó la tiranía de los Treinta y todo el sistema político inoperante. De nuevo, aunque ya menos ímpetuosamente, me arrastró el deseo de ocuparme de los asuntos públicos de la polis. Ocurrían, desde luego también bajo aquel gobierno, por tratarse de un período turbulento, muchas cosas que podrían ser objeto de desaprobación, y nada tiene de extraño que, en medio de una revolución, ciertas gentes tomaran venganzas excesivas de algunos adversarios. No obstante los entonces repatriados observaron una considerable moderación. Pero dio también la casualidad de que algunos de los que estaban en el poder llevaron a los tribunales a mi amigo Sócrates, a quien unos acusaron de impiedad y otros condenaron y ejecutaron al hombre que un día no consintió en ser cómplice del ilícito arresto de un partidario de los entonces proscrip-

tos, en ocasión en que ellos padecían las adversidades del destierro. Al observar yo cosas como éstas y a los hombres que ejercían los poderes públicos, como las leyes y las costumbres; cuanto con mayor atención lo examinaba, al mismo tiempo que mi edad iba adquiriendo madurez, tanto más difícil consideraba administrar los asuntos públicos con rectitud; no me parecía en efecto, que fuera posible hacerlo sin contar con amigos y colaboradores dignos de confianza; encontrar quienes lo fueran no era fácil, pues ya la ciudad no se regía por las costumbres y prácticas de nuestros antepasados, y adquirir otros nuevos con alguna facilidad era imposible; por otra parte, tanto la letra como el espíritu de las leyes se iba corrompiendo y el número de ellas crecía con extraordinaria rapidez. De esta suerte yo, que al principio estaba lleno de entusiasmo por dedicarme a la política, al volver mi atención a la vida pública y verla arrastrada en todas direcciones por toda clase de corrientes, terminé por verme atacado de vértigo, y si bien no prescindí de reflexionar la manera de poder introducir una mejora en ella, y en consecuencia en la totalidad del sistema político, si dejé, sin embargo de esperar sucesivas oportunidades de intervenir activamente; y terminé por adquirir el convencimiento con respecto a todos los estados actuales de que estén, sin excepción, mal gobernados; en efecto lo referente a su legislación no tiene remedio sin una extraordinaria reforma, acompañada además de suerte para implantarla. Y me ví obligado a reconocer, en alabanza de la verdadera filosofía que de ella depende el obtener una visión perfecta y total de lo que es justo, tanto en el terreno político como en el privado, y que no cesarán en sus males el género humano hasta que los que son recta y verdaderamente filósofos ocupen los cargos públicos, o bien los que ejercen el poder en los estados lleguen, por especial favor divino, a ser filósofos con el auténtico sentido de la palabra".

Buenos Aires, diciembre de 1986.

NOTAS

¹ De *krinein*, examinar o decidir.

² Véase FUSTEL de COULANGES, N. La Ciudad antigua. México, Porrúa, 1971 y Nilsson M. La religión griega. Bs As, EUDEBA, 1961 (especialmente capítulo dedicado a la *religión cívica*).

³ COHEN, Robert. Historia de Grecia. Madrid-Barcelona, Surco, 1958, p. 302.

⁴ CURTIUS, Ernest. Historia de Grecia. Bs As, El Ateneo, 1887, t. VI, p. 84/87.

⁵ Véase FINLEY, Moshes. Democracia, consenso e interés nacional, en: *Viaje y nueva democracia* y otros ensayos. Barcelona, Ariel, 1980, p. 58/60 y 61/2, en que expresa: "no todos los historiadores modernos concuerdan con este análisis, pero no creo que ningún griego de aquellos siglos abrigara dudas acerca del vínculo entre la democracia y el imperio".

⁶ Esta medida fue contenida por la reforma de Periklés del 451 a. C.

⁷ Véase LEVEQUE, Paul. Las diferencias sociales en el seno de la democracia ateniense del siglo VI, en: LABROUSSE, E. y otros. Ordenes, estamentos y clases. Madrid, Siglo XXI, 1978, p. 13.

⁸ Sobre su importancia en la polis ya se había expedido Aristófanes, identificándolos con el afrecho, indispensable para mezclar con la harina si se pretende obtener un buen pan.

⁹ MOSSE, Claude. Historia de una democracia: Atenas, Madrid, Akal, 1981, p. 23. El

carácter gravoso que asumen las liturgias se aprecia en la amenaza del paflagonio al salchichero en *Los Caballeros* de Aristophanes. 912 ss.

¹⁰ cfr. VERNANT, Jean P. Los orígenes del pensamiento griego. Bs As, EUDEBA, 1965.

¹¹ En FABRO, Cornelio. Historia de la Filosofía. Madrid, Rialp. 1965, p. 46.

¹² JAEGER, Werner, Paideia. México, FCE, 1962; cit. GONZAGUE DE REYNOLD. El mundo griego y su pensamiento. Madrid, Pegaso, 1948, p. 170.

¹³ RODRIGUEZ ADRADOS, Francisco. La democracia ateniense. Madrid, Alianza, 1975, p. 326/7. Afirma Gorgias: "nada existe, y si existiera sería incognoscible, y si fuera cognoscible sería incomunicable". Según Platón este nihilismo gorgiano da pie -por su irracionalismo- a la concepción naturalista: era la *hybris* a escala humana y aprobada como natural, para derribar la ley convencional.

¹⁴ MENZEL, Adolf. Callicles. México, UNAM, 1964, p. 113/17.

¹⁵ CHATELET, Francis. El nacimiento de la historia. México, Siglo XXI, 1978, t. II, p. 308.

¹⁶ COHEN, Robert. Atenas, una democracia. Desde su nacimiento hasta su muerte. Barcelona, Aymá, 1961, p. 77.

¹⁷ LEVEQUE, P.-VIDAL NAQUET, P. Clisthenes, l'athénien. París, Les Belles Lettres, 1975.

¹⁸ Véase FINLEY, Moshe. Demagogos atenienses, en: FINLEY, M. Estudios sobre historia antigua. Madrid, Akal, 1981, p. 19.

¹⁹ El concepto *demos* -como la mayoría de los términos políticos- en sus orígenes ha tenido un significado ambigüo. Originalmente se refería al matiz del *vulgo* o *plethos*. Cfr. FINLEY, Moshe. Dirigidos y dirigidos, en: Vieja y nueva democracia y otros ensayos. Barcelona, Ariel, 1980, p. 21.

²⁰ De *deos* -agein = pueblo, obrar-impulsar.

²¹ Se *sikon* = higo y *phanein* = descubrir; se refiere a las higueras sagradas que estaba prohibido tocar.

²² Esquinas. Cit. GLOTZ, Gustav. La ciudad griega. México, UTEHA, 1958, p. 290.

²³ EHRENBERG, Víctor. The people of Aristophanes. Harvard, v. I, 1951.

²⁴ Véase MOSSE, Clude. op. cit. p. 19.

²⁵ LEVEQUE, Paul, Dif. sociales... p. 5 ss.

²⁶ FINLEY, Moshe. Democracia, consumo... op. cit. p. 68/9.

²⁷ Según RODRIGUEZ ADRADOS, F. op. cit. p. 364/5. Véase también JENOFONTE. Memorabilia, T. 2.

²⁸ Lo expresan Platón (Rep. VIII) y Aristóteles (Pol. VI y XI). Véase; ROMERO, José Luis. El Estado y las facciones en la Antigüedad. Bs As, Colegio Libre de Estudios Superiores, 1938.

²⁹ RODRIGUEZ ADRADOS, F. op. cit. p. 367.

³⁰ GONZAGUE de REYNOLD. op. cit. p. 154.

³¹ MEIZEL, Adolfo. op. cit. p. 125.

³² cfr. JAEGER, W. op. cit. p. 303.

³³ Dioklides había iniciado una serie de juicios, persecuciones y destierros acusando a Alkibiades de la partida de la expedición a Sicilia. El argumento fue aprovechado por Pysander, quien denunciando una conspiración contra la polis desató una ola de persecuciones que dejó la expedición sin cabeza. Alkibiades se refugió en Esparta y provocó grandes males. Poco más tarde el propio Dioklides -según Andókidés- reconoció la patraña. Andókidés. De mysterium 36, 45, 65, cit. BURCKHARD, Jacobo. Historia de la cultura griega. Barcelona, Iberia, 1947, t. I. p. 307. Véase también CURTIUS, E. op. cit. t. V, p. 167/71 y más específicamente: PRIT-CHETT, W. K. The Attic Stelai., en: Hesperia, 22, 1953 y 1956.

³⁴ cit. STRUVE, V. V. Historia de la antigua Grecia. Bs As, Anfora, 1974, t. II, p. 103.

³⁵ *Politizados* significa en este contexto su acepción originaria: convertidos en ciudadanos de la polis.

³⁶ WILCKEN, Ulrich. Historia de Grecia. Madrid, Pegaso, 1959, p. 246.

³⁷ Esta denominación se encuentra en Aristóteles. Retórica II-24; Diodoro XIV-2; Nepote, Trasybulos III y Justino V-10.

³⁸ Sobre su popularidad y las esperanzas que aún despertaba véase: ARISTOPHANES. Las Ranas. 1422-33.

³⁹ MOSSE, Claude. op. cit. p. 85/6. Véase también MARROU, Henri. Historia de la edu-

cación en la Antigüedad, Bs As, EUDEBA, 1970, p. 76/81.

⁴⁰ GLOTZ, Gustav. La ciudad griega, p. 279.

⁴¹ RODRIGUEZ ADRADOS, Francisco, op. cit. p. 349.

⁴² Con referencia a la restauración del decreto de ilegalidad (*graphé paranomon*) el creador Kalístratos se vanagloriaba de haberlo sufrido cuarente y siete veces. Similar abuso se encuentra en el delito de *alta traición* (*eisangelía*) de la que, por ejemplo, fue acusado Likophrón por haber desviado a una mujer de su deber conyugal o Diognys y Antidoro por haber alquilado flautistas a una tarifa más alta; por mencionar algún ejemplo notorio.

⁴³ GONZAGUE de REYNOLD. op. cit. p. 163.